

el Comité de Redacción de la Revista han compartido conmigo el merecimiento de este espacio. Afortunadamente también el poderoso interés de Mendel por la vida social y por la transmisión intergeneracional nos han hecho un último regalo. Está en su

escritorio el último avance de su saber sobre la sociedad y las instituciones.

Podemos esperar aún. Queda luego en nuestra investigación la responsabilidad de su interpelación y desarrollo. ♦♦

Marzo 2005

DOSSIER

EN MEMORIA DE
GERARD MENDEL

Gérard Mendel, escritor y "practicante"

Conferencia en homenaje de Gerard Mendel

María José Acevedo

*Heureux qui comme Ulysses
a fait un long
voyage...*

Desear al mundo diferente de lo que es

Esta es la aspiración humana en la que se han basado los argumentos utópicos de todas las épocas. Una sociedad más justa, más solidaria, una sociedad respetuosa de los derechos de individuos y grupos, en la que cada uno asuma la parte que le corresponde en la constitución y resguardo del bien común, una sociedad donde el diálogo y la razón desplacen definitivamente al uso de la fuerza... Producto de la *capacidad imaginante* de la sociedad misma -como diría Castoridis- la utopía de un mundo mejor alimentó el pensamiento de los filósofos, inspiró a los juristas, puso a prueba el ingenio de los científicos, y se expresó en la creación artística de todas las culturas.

Esto es innegable. Sin embargo, los abordajes institucionales, lo sabemos, no se contentan con las lecturas demasiado vagas y generalizadoras de los fenómenos. De lo que se trata es de explorarlos en sus singularidades, de propiciar interpretaciones que muestren no sólo la variedad de dimensiones que los constituyen, sino la

multiplicidad de sentidos que los sujetos podemos atribuirles.

Desde esta perspectiva se advierte entonces que la representación de "otra sociedad posible" refiere en cada sujeto a una imagen construida en íntima relación con su biografía. Ha sido la particular configuración de sus vínculos familiares y la fantasmática derivada de ella, las características de los espacios sociales por los que transitó, la calidad de sus intercambios con los otros, las satisfacciones y frustraciones experimentadas en el curso de esas experiencias vitales, lo que permitirá a cada uno ir definiendo su representación de la sociedad deseada. Ni totalmente interna ni totalmente externa, ya que combina la realidad psíquica del sujeto y la realidad material y social, dicha representación es entonces portadora de un fantasma susceptible de entrar en resonancia con otros fantasmas individuales, y es así como el sueño de uno deviene el proyecto de varios.

Gérard Mendel tuvo un sueño y a él apostó su vida.

Habiendo observado desde fines de la década de los 60 cómo el fenómeno de regresión del plano de lo político al plano de lo psicológico privaba al sujeto social de su poder de modificar la realidad a través de

Especialista reconocida por Gerard Mendel como representante de su obra y método en Argentina. Profesora Adjunta regular de la cátedra de Psicología social e institucional en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, Investigadora Tesista de Doctorado del programa "Instituciones educativas" IICE, UBA. Responsable, en la Facultad de Filosofía y Letras, del Programa de Posgrado "Reguladores educativos" para la formación en la teoría y práctica sociopsicoanalítica. Coordinadora de los Grupos "Buenos Aires" y "Comodoro Rivadavia" que realizan experiencias en el campo educativo con los dispositivos institucionales mendelianos.



sus actos, Mendel y su grupo de investigación, el Grupo Desgenettes de Paris, conjeturan que las instituciones son los espacios privilegiados para que los sujetos tomen conciencia colectivamente, como clase política, de ese poder transformador.

A partir de allí algunos años de intervención en todo tipo de organizaciones, y la comprobación de que las luchas revolucionarias no habían podido frenar el avance de un capitalismo cada vez más salvaje, convencieron a Mendel y sus investigadores de que el cambio de la sociedad global al que se aspiraba en el 68 había mostrado ser una empresa inabarcable. La lucha debía jugarse ahora en otros espacios, el espacio reducido de las instituciones; y por otros medios, medios más sutiles, precisos y cuya eficacia correspondiera a la magnitud del desafío.

De eso nos habló, en Octubre de 1993, en su primera conferencia en la Universidad de Buenos Aires denominada *Hacia la democratización de las instituciones*.

Una sociedad auténticamente democrática sólo puede ser el producto de sujetos políticos capaces de pensar y actuar democráticamente. Esto implica en primera instancia la existencia de individuos que hayan atravesado más o menos saludablemente las diferentes fases de su desarrollo como sujetos psíquicos. El segundo requerimiento será que esos sujetos hayan accedido luego a un grado de socialización secundaria que les permita realizar una lectura ajustada de la realidad, comprender que la vida social exige priorizar el bien común, tolerar las diferencias y capitalizarlas a favor de la cooperación, en síntesis, que hayan logrado un cierto desarrollo de su personalidad psicosocial. Nos encontramos entonces frente a dos problemas iniciales que será necesario resolver para que, como dice nuestro compatriota Eduardo Colombo, la utopía democrática abandone el terreno de la fantasía y se convierta en proyecto inscripto en un tiempo histórico determinado, y sustentado por un conjunto social

El primer obstáculo con el que nos enfrentamos es entonces el hecho de que la mentalidad democrática no se desarrolla en forma espontánea. Es más, dado que la subjetividad se estructura a partir de la internalización de un modelo de vínculos calcado en las relaciones familiares, y que es en función de ese modelo que se organiza

que Mendel denomina la personalidad psicofamiliar del sujeto, en lo sucesivo la sociedad y sus instituciones serán siempre vividas inconscientemente por él como una "gran familia". A pesar de que por razones socio-históricas y económicas el sistema patriarcal en todos los dominios en los que se expresaba (religioso, político, familiar...) viene declinando hace ya más de medio siglo, esta fantasmática familiarista, como toda producción imaginaria, persiste aún hoy imponiéndose con mayor o menor fuerza según los casos. En este sentido por mucho que nos empeñemos en idealizar a la familia, y aunque reconozcamos que en el plano de la realidad los padres de nuestra época son mucho menos severos que los de antes, dado que lo que está en juego es el temor inconsciente de los hijos a la pérdida del amor de los padres, en el imaginario de sus miembros la familia continuará conservando el carácter de estructura fuertemente jerárquica.

Cuando el fantasma familiarista es proyectado sobre los espacios sociales estos se transforman en el escenario en el que se juegan argumentos imaginarios arcaicos o edípicos, en ámbitos donde no hay cabida para que los sujetos psíquicos devengan además sujetos sociales con poder sobre la realidad. En otras palabras, en la medida en que la organización burocrática de las instituciones sea traducida por sus miembros en términos del código familiarista, los superiores jerárquicos evocarán en ellos las imágenes parentales de Autoridad frente a cuyos deseos los dos caminos posibles parecen ser el sometimiento o la rebelión. Entrampado en esta falsa alternativa, el sujeto estaría fatalmente impedido de reconocerse como el legítimo autor de sus actos, y de recuperar poder sobre ellos y sobre sus efectos en la realidad.

El segundo problema se presenta entonces al momento, no ya de pensar en función de un *modelo democrático*, sino de gestionar y sostener el *funcionamiento democrático* de las instituciones. En esa instancia no serán suficientes los buenos propósitos, ni los discursos moralizadores que condenan el individualismo y se pronuncian a favor de la tolerancia y la cooperación. Habrá llegado el tiempo de que el pensamiento se materialice en actos: actos de escucha del otro, de aceptación de las diferencias, de elaboración de argumentos que fundamenten las propias ideas, actos de creación diversa, de construcción e implementación de estrategias comunes,

actos de cooperación intra e intergrupos... actos que, más allá de la forma que asuman en función de la singularidad de la situación a la que se apliquen, deberán responder a los mecanismos habituales de comportamiento y de relación transmitidos por la socialización secundaria. Un déficit en este nivel de socialización de los sujetos no puede dejar de obstruir, e incluso bloquear, el funcionamiento democrático de las instituciones.

La propuesta del Sociopsicoanálisis mendeliano, sus dispositivos de intervención en terreno destinados a resolver los problemas que acabamos de describir los abordan en el orden inverso al que han sido presentados hasta aquí. Y es que, contrariamente a lo que postulan otras corrientes del institucionalismo, para el Sociopsicoanálisis esa transformación de las mentalidades que dará lugar a una democratización de las instituciones, y que finalmente posibilitará la construcción de una "otra sociedad", no se logra interviniendo directamente a nivel del fantasma individual o grupal.

Se trata en cambio de crear en las instituciones un marco organizacional que, incorporándose a la organización del trabajo ya existente, favorezca el ejercicio regular de formas particulares de conducta y de relación. Formas que, posibilitando un adecuado desarrollo de su personalidad psicosocial habilitarán a los sujetos para recuperar, colectivamente, poder sobre sus actos sociales.

En aquella primavera del '93 en la que yo me sentía feliz de haber contribuido a organizar la presentación de Mendel en la Facultad de Psicología de la UBA, y cuando no sospechaba aún que en menos de un año ese vínculo iniciado con el maestro me costaría tener que abandonar mi cargo docente en la facultad en la que me había formado, lo escuchamos decir en su conferencia: "*Considero que la democracia participativa (como complementaria de la democracia representativa) es la única respuesta posible a los problemas de las sociedades de masa en las que el tejido social y los valores se han debilitado, y en las que los individuos están cada vez más aislados*"; y más adelante: "*El objetivo de la democracia participativa es la plena y completa participación del conjunto de personas afectadas en sus vidas por una problemática social, su participación en una reflexión colectiva sobre ella, pero también, en forma directa o indirecta, la*

participación en las decisiones".

A la pregunta que se plantea de "*¿cómo regular la democracia participativa, cómo regular en sociedades modernas el juego necesariamente colectivo de los actopoderes individuales?*", Mendel responde con lo que -aclara- ha constituido su proyecto vital durante los últimos veinticinco años: la puesta a punto y la aplicación de un dispositivo institucional de reflexión y comunicación destinado a ser, en relación a la Psicología Social, lo que ha sido el Psicoanálisis en relación al inconsciente. "*Creemos -agregaba finalmente- que este dispositivo permite que los grupos vivan una experiencia psicosocial que difiere de las simples experiencias intersubjetivas, y ello porque les permite conectarse "en caliente", y en una situación real, con la lógica social que atraviesa a la institución*".

Así nos hablaba este institucionalista, en el aula magna de la Facultad de Psicología, de su proyecto de una sociedad distinta; y en aquel acto de discurso, no muy diferente en su estructura del que hoy llevo a cabo frente a ustedes, como en muchas otras comunicaciones que se sucedieron posteriormente en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, y en diversas universidades del país, Mendel no sólo nos informaba sobre los fundamentos de su posicionamiento político y profesional, también nos ofrecía su fantasma individual, fantasma que resonó en algunos de nosotros bajo la forma de una invitación a acompañarlo en la aventura.

Es necesario señalar aquí que, priorizando uno u otro aspecto, y desde su primer libro científico aparecido en el '68: *La rebelión contra el padre*, la relación entre lo social y lo político ha sido un tema recurrente en la obra mendeliana: 1975, *Por otra sociedad*; 1979, *Cuando ya nada es obvio*; 1985, *54 millones de individuos sin pertenencia* y *La crisis es política, la política está en crisis*; 1986, *Siempre se es hijo de su tiempo*; 2002, *Una historia de la Autoridad*; 2003, *Porqué no funciona la democracia*. Lo que hace peligrar actualmente el sistema democrático -dice Mendel en este último libro- es la ceguera de los dirigentes frente al descrédito de la democracia delegativa, y su incapacidad para encontrar solución a la crisis política resultante. Sólo el ejercicio de una *democracia participativa* que escape a los simulacros pseudo-participativos, es decir que logre instalar dispositivos muy precisos y eficaces de consulta, que aseguren al mismo tiempo la ingerencia de

DOSSIER

EN MEMORIA DE
GERARD MENDEL



los sujetos sociales en las decisiones que les conciernen, podrá devolverle credibilidad a la debilitada democracia representativa. Siguiendo con la idea confirmada a lo largo treinta y cinco años de experiencia en el campo de las instituciones en Francia, Bélgica, Italia, España, y Argentina, insiste Mendel en que estos mecanismos participativos son sólo viables en los micro-espacios sociales, y ateniéndose a un encuadre rigurosamente pautado.

Historia de un "practicante", y una práctica que "hace historia"

Cuenta Mendel en uno de sus libros que fue precisamente en una presentación en la Argentina en la que se le pidió que se autodefiniera en una sola palabra cuando le vino a la mente el término "practicante". Analizando la trayectoria profesional que relata a continuación: sus años de estudio en la Facultad de Medicina, el período de su residencia en Neurología, los tres años de especialización en psiquiatría en el hospital Saint-Anne de Paris, y finalmente las dos actividades profesionales a las que dice haberse consagrado con igual dedicación el resto de su vida: el psicoanálisis y la intervención e investigación sociopsicoanalítica, resulta evidente que la palabra es apropiada para reconocerlo como un "hombre de terreno". Cada uno de sus desarrollos teóricos -explica en otro lado- surge de intuiciones nacidas en el terreno: ya sea a la cabecera del enfermo, detrás del diván, o en el espacio de organizaciones de muy variada índole.

Convendría sin embargo añadir que la práctica a la que alude Mendel es indudablemente una *práctica clínica*. Clínica médica, clínica psicoanalítica, o clínica de lo social, lo que apasionó al investigador desde su primera juventud fue el desciframiento, a partir de la observación de la realidad (biológica, psíquica o social) de los signos que hacen del fenómeno observado un caso siempre singular y pleno de sentidos. Sentidos frecuentemente contradictorios frente a los cuales no se propondrá optar, sino confrontarlos al máximo en la búsqueda de nuevos elementos para la comprensión. Pero además, y puesto que el abordaje clínico -tal como lo señala el psicólogo André Levy- es indisociable de un propósito transformador, la práctica de Mendel no se redujo a la observación, ni mucho menos a la observación solitaria.

En el caso de su práctica sociopsicoanalítica, que es la que más nos

interesa aquí, fue necesario comenzar fundando un colectivo que, funcionando al modo del espacio transicional de Winnicott, posibilitara a sus miembros, simultáneamente, el descubrimiento y la creación. Ese primer espacio de creación fue el Grupo Desgenettes. De él surgieron nuevos espacios transicionales que fueron los dispositivos puestos al servicio de alumnos y docentes en la escuela, de los distintos agentes asistenciales en los hospitales, de todos los niveles técnicos y jerárquicos en otros tipos de organizaciones. A lo largo de treinta años también se multiplican los grupos de sociopsicoanálisis que intercambian con el grupo fundacional. En la actualidad estos son, además del Grupo Desgenettes, el Grupo Sud de Saint-Jeannet, Francia; el Grupo Désisyphé de Montreal, Canadá; y los Grupos Bs.As, y Comodoro Rivadavia de Argentina.

Como sucede con todo acto humano los efectos de aquel acto de creación del Sociopsicoanálisis, acto llevado a cabo colectivamente por Mendel y los miembros del Grupo Desgenettes, nunca resultan totalmente previsibles. ¿Podrían acaso haber imaginado los fundadores del viejo mundo en aquel momento, que veinte y siete años más tarde, en unas jornadas de investigación educativa en Ushuaia, la ciudad más austral del planeta, se presentarían los avances del trabajo de investigación llevado a cabo por otro colectivo de sociopsicoanálisis, a partir de la implementación del dispositivo en las escuelas argentinas? Sin duda esto debe haberles resultado tan impensable en aquel momento, como lo era para mí en el '95, año en que apliqué por primera vez el Método de Expresión Colectiva de los Alumnos, que hoy estaría en Salta intentando compartir con ustedes la historia de este "practicante" llamado Gérard Mendel.

La obra hace al hombre, y el hombre con su historia está totalmente implicado en la obra.

En sus escritos autobiográficos Mendel identifica ciertas circunstancias de su historia personal que permiten comprender, por un lado, esa sensibilidad suya a los aspectos contradictorios de toda situación social, y, por otro lado, su convicción de que el hecho de que los seres humanos carezcamos muchas veces de poder sobre nuestros actos y sobre los efectos de estos actos, tiene nefastas consecuencias para los sujetos, pero además para el tejido social.

La primera circunstancia está referida a la conformación de su núcleo familiar, y de

qué manera su infancia y adolescencia se vieron marcadas por ella. La pareja parental -nos cuenta Mendel- representaba el encuentro de dos mundos diametralmente opuestos: una madre proveniente de una humilde familia campesina de Bretania, de religión católica y casi analfabeta; un padre pequeño comerciante, descendiente de una familia de la alta burguesía judía, establecida en Francia desde épocas remotas, y con varios antepasados merecedores de la legión de honor. Dice Mendel: *"No conocí, ni durante la infancia ni durante la adolescencia un modelo de existencia en el que haya podido deslizarme. Por una parte a causa de la ausencia de mi padre (ausencia debida a la persecución durante la guerra), pero también debido a que me encontraba en el cruce entre dos culturas: la celta y la judía; y entre tres mundos sociales: el del campo por mi madre, cuyos padres eran pequeños granjeros bretones; el de la alta burguesía intelectual por mi bisabuela paterna; y el de la clase media comerciante por mi padre"*.

Será la complejidad de una posición que debe construirse en la confluencia de varias lógicas la que, unida a las observaciones realizadas por Mendel en los primeros años de su juventud en distintas instituciones de salud, ya sea en calidad de médico como en calidad de enfermo, lo que determinará que en lo sucesivo este practicante no pueda concebir un mundo sin conflictos, ni crea en la completa armonía de las relaciones humanas.

La guerra contribuyó grandemente a esta desconfianza. Para el adolescente de aquellos años la repentina persecución a su familia paterna, hasta ese momento completamente integrada a la comunidad y bien reconocida en ella, representaba un verdadero enigma. Tampoco encontraba explicación al hecho de que los amables funcionarios que venían periódicamente a buscar a su padre, parecían ignorar tanto el sentido de su acto dentro de la infernal maquinaria pergeniada por el nazismo, como sus posibles consecuencias. Es a esta circunstancia de su vida que Mendel liga su empeño por crear dispositivos que permitan a los sujetos recuperar poder sobre sus propios actos, y comprender el sentido que tienen los distintos actos parciales en relación a un objetivo que los trasciende.

Ante todo un escritor

Recuerdo que hace años, en uno de nuestros viajes hacia alguna universidad del

interior del país me confió Mendel *"Si pudiera elegir quisiera que en mi tumba se inscribiera solamente: aquí yace un escritor"*. También recuerdo que si bien en aquel momento la idea de su muerte me pareció absurda, sobre todo considerando la avanzadísima edad y el extraordinario estado de salud del que gozaban aún tanto su padre como su tío, pensé que la pasión de ese hombre por la escritura sólo podía compararse a la que había observado de niña en mi abuelo materno, historiador él, que solía regresar de la calle y, olvidando quitarse el sombrero, se sentaba en su escritorio, y escribía durante horas con una letra muy pequeña, apenas más legible que la de Mendel.

Esa pasión entonces nace, ella también, de la convergencia entre las dos culturas parentales. Por un lado la cultura oral de la madre *"... cultura bretona de mitos y leyendas, en la que prosperaban el fantasma y lo imaginario..."*, por otro lado la cultura judía del padre,

"... una cultura de la escritura..." descubierta en la gran biblioteca de la bisabuela donde, en tiempos de guerra, el niño consumía todo tipo de literatura. Así recuerda Mendel las largas tardes de los jueves pasadas en esa biblioteca: *"Reinaba allí un olor que no se parecía a ningún otro y que todavía respiro... Una lámpara de pared distribuía una luz tenue. Yo aproximaba un taburete y, apenas había absorbido las primeras líneas como si se tratara de una droga, era tan grande mi capacidad de abstraerme de todo lo que me rodeaba, que a veces era necesario que, una o dos horas después, alguien me tocara el hombro para traerme de nuevo a la tierra"*. Entre los dieciséis y los treinta y cinco años, Mendel realiza lo que denominó su "viaje de iniciación" escribiendo, y publicando bajo un pseudónimo, varias novelas que, más o menos autobiográficas, le permitieron -según admitía- sostener la ilusión de vivir varias vidas simultáneas.

De una de esas novelas, *El Profesor Lorin*, escrita a los veintiséis años *"es la historia - explica Mendel- de un sueño que se devora una vida"*, historia que lo lleva a formularse la pregunta que intentará responder el resto de su vida *"... ¿puede uno salir de su sueño, puede uno escapar al fantasma que gobierna nuestra vida con mano férrea y que, al mismo tiempo que nos coarta la ruta de la felicidad, nos concede a veces compensaciones como el talento o el éxito profesional?..."*. Dudo mucho que



Mendel haya realmente querido escapar a su sueño. De cualquier forma a partir del '66 cuando escribe *La Rebelión contra el Padre* decide tomar cierta distancia del mundo imaginario de una obra literaria en la que - según dice- "*la proximidad entre lo Inconsciente y lo Conciente eran muy grandes*", y esto parece satisfacerlo: "*Con La Rebelión tuve por primera vez la impresión de poder expresarme completamente, de haber encontrado por fin el instrumento que me convenía.*"

No obstante, quienes lo conocimos de cerca tuvimos la oportunidad de observar cómo en ocasiones se dejaba capturar nuevamente por la tentación de lo novelesco. Cuántas veces sentado en un restaurant se divirtió inventándoles una vida a nuestros vecinos de mesa. Licencia que se permitía el psicoanalista, fuera del consultorio, de proyectar en otros sus fantasmas no siempre tranquilizadores...

En los casi quince años que trabajamos juntos siempre lo escuché decir, como también decía mi abuelo, que estaba escribiendo su último libro. El que luego se apuraba a terminar para comenzar el siguiente. Desgraciadamente siempre hay un último libro y este se llamó, no casualmente, *Construir el sentido de la propia vida*.

El largo viaje de Ulises

Si tuviéramos que ubicar a Mendel dentro de la filiación psicoanalítica no hay duda de que sería en la herencia de Winnicott. Fue Mendel quien entre el '66 y el '68, hizo traducir y publicar su obra por primera vez en Francia, en la colección de Payot que dirigía en ese entonces. Años después Winnicott le retribuiría el favor inspirándole los desarrollos teóricos que terminan de dar coherencia y profundidad al concepto de *acto* como eje central de la psicología social mendeliana. Dice Mendel: "*Hicieron falta casi veinte años para llegar a vincular el movimiento de apropiación del acto con su fuente viva: los procesos transicionales, integrando a éstos en el concepto de fuerza de creación*". Esta fuerza que describe como "*...venida de lo más profundo de uno mismo, de antes del inconsciente y de antes de la conciencia, y que interviene en y sobre la realidad para modificarla*", nace en una etapa precisa de la infancia, entre los doce y dieciocho meses, cuando el pequeño debe enfrentarse a la dolorosa evidencia de que él y su madre no son uno. A la ilusión

omnipotente de que es él el creador del seno materno, capaz de satisfacerlo en su necesidad y de completarlo en su deseo, le sucede ahora, como forma de sobrellevar esta intolerable separación de la madre, la ilusión de que es él el creador del mundo que lo rodea y al que, por ende, puede controlar

Ahora bien, este acto de creación requiere de dos: de la iniciativa de invención del niño por un lado, y, por otro lado, de la cooperación de una "madre suficientemente buena" capaz de contener y sostener al niño sin anularlo en su creatividad.

Esta instancia en el desarrollo infantil a la que Mendel ha querido llamar la del "complejo de Ulises", aparece como el espacio transicional entre el principio de placer y el principio de realidad freudianos. Así lo pensaba Winnicott cuando escribe "*La creatividad consiste en conservar a lo largo de la vida algo que en realidad forma parte de la experiencia de la primera infancia: la capacidad de crear el mundo*".

La fuerza de creación se manifiesta en el acto, todo acto supone entonces una cierta invención que se opone a la repetición de lo idéntico comandada por el Inconsciente. El acto a través del cual el sujeto entra en relación con una realidad nunca completamente previsible, es lo que otorga al sujeto freudiano- señala Mendel- sujeto determinado biológica, psíquica y culturalmente, el único margen de libertad que posee.

Y puesto que de lo que se trata es de vencer los determinismos la referencia a Ulises no puede ser más acertada. Ulises, el hombre que en su camino de regreso a la tierra de sus ancestros debe sortear las innumerables pruebas que le imponen los dioses, aparece en el relato homérico como el arquetipo del ingenio inventivo, el que se revela contra el destino y recurre a la astucia para vencer cada vez los peligros que se le imponen. El viaje fue largo pero grande la recompensa.

Haciendo honor a la metáfora mendeliana podríamos preguntarnos qué separa al rebelde griego del analista institucional. Algo sin duda esencial: el mundo que busca Ulises es el mundo de la familia, y lo que intenta es restablecer el orden perdido. Su tiempo por lo tanto es más el tiempo regresivo del mito que el tiempo prospectivo de la utopía. Por lo demás las semejanzas son bastante evidentes: como Ulises el analista institucional se verá confrontado con

realidades problemáticas para las cuales le será necesario hacer uso de la experiencia y el ingenio; como aquél deberá ignorar los "cantos de sirenas" que pretenden seducirlo con explicaciones banales. Por último, así como la aventura de Ulises fue una "aventura de dos", en la que Athenea lo acompañó todo el trayecto asumiendo la función de "madre suficientemente buena", la del analista institucional será una "aventura de varios" ya que requerirá de un colectivo de pares que, funcionando al

modo del espacio transicional, posibilite su acto de descubrimiento y creación.

El Ulises de esta historia recorrió muchos mundos, pasó las pruebas, y adquirió la sabiduría que compartió con sus discípulos. Después regresó a su montaña donde hoy descansa, muy lejos de aquí. Tenemos, sin embargo, su obra entre las manos y eso nos permitirá dar testimonio de que su vida tuvo un sentido, para nosotros y para muchos otros. ♦

Buenos Aires, Noviembre, 2004

DOSSIER

EN MEMORIA DE
GERARD MENDEL



Aspectos teóricos de la investigación sociopsicoanalítica¹ A propósito de *La Sociedad no es una familia*²

Gérard Mendel

Traducción: María José Acevedo

Este texto de presentación teórica comprenderá dos partes.

La primera parte le será seguramente más conocida al lector, ya que estará referida a las relaciones del Sociopsicoanálisis con el Psicoanálisis y la Antropología. Me pareció más conveniente debutar así desde una perspectiva amplia y abierta, que me permitirá situar con mayor precisión mi investigación personal. En esta parte estudiaremos los dos conceptos más importantes del Sociopsicoanálisis: el de **actopoder** y el de **movimiento de apropiación del acto**.

En la segunda parte y para desarrollar una teoría de la socialización en el niño y el adolescente utilizaré dos conceptos. Estudiaremos así la construcción de la personalidad psicosocial a través de lo que denomino la **socialización no identificatoria**.

Primera Parte

1) El sociopsicoanálisis frente al Psicoanálisis y a la Antropología.

Como decimos en francés: toda mi vida he "usado dos gorras". Desde el 58 ejerzo el psicoanálisis (treinta y cinco años) de forma muy ortodoxa, muy freudiana. En un libro editado hace seis años "La Psychanalyse revisitée" -traducido al español poco después por Siglo XXI como "El Psicoanálisis revisitado", traté de hacer el balance, como practicante y teórico, de esas décadas de práctica reflexiva sobre el oficio de analista. Llegué a la conclusión de que lo extraño del psicoanálisis freudiano es que partiendo de bases biológicas falsas -la herencia de los caracteres adquiridos, la sexualidad pancorporal y biológico-infantil- su práctica permanece, sin embargo, esencialmente correcta, útil. Evidentemente podría hablar mucho sobre este tema, y en

¹ El presente texto se presentó como Introducción a un Seminario de tres días dictado en la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo de Buenos Aires, marzo 1994.

² Traducción español: *La sociedad no es una familia*, Paidós, noviembre 1993.